



## ÓDIO, PEREZA Y EMBRIAGUEZ.



(CUENTO FANTÁSTICO).

Antiguos tiempos, en los que la vida sedeslizaba de manera bien distinta á la de nuestros dias, habia en Villaviciosa un jóven llamado Sergio, muy inteligente, rico y atrevido, pero incapaz por sí solo de refrenar sus menores deseos.

Antojadizo en extremo, pasaba por todo con tal de lograr su objeto, y ni le arredraban las disputas ni ocasionaban escarmientos las mil palizas que recibia, y sus pasiones se parecian á ese viento huracanado que, á través de rios, valles y montes, destroza cuanto encuentra á su paso.

Cansado de vida tan llena de peripecias, concibió el proyecto de hacer un largo viaje con la esperanza de hallar á su término la felicidad soñada. Lió un petate con las mejores ropas que tenia, encerró unos patacones en su cinturón de cuero y púsose en camino sin rumbo conocido.

A los tres ó cuatro dias de marcha se detiene á la entrada de un inmenso bosque que parecia extenderse hasta el horizonte.

Tres viajeras estaban paradas en su linderó y como disponiéndose para internarse. La primera era una mujer gruesa, esbelta y de aire altanero, y llevaba en la mano una ballesta. La otra, jovencita muy guapa, de aspecto tímido y que viajaba medio adormecida dentro de

un carro tirado por cuatro bueyes, y la tercera una anciana cubierta de harapos, y de fisonomía hosca y esquivá.

Sergio las saludó cortesmente preguntándoles si conocían el bosque, y bajo el signo afirmativo que hicieron, se atrevió á pedirles permiso para acompañarlas á fin de no extraviarse.

Todas asintieron y comenzaron á caminar seguidas del jóven.

Pronto se apercibió este de que sus compañeras poseían cierto don sobrenatural que el Señor se digna conceder á contadas criaturas; pero sin inquietarse por ello, continuó en su amena y entretenida conversacion.

Hacia ya algunas horas que seguían el estrecho sendero trazado en la maleza, cuando el ruido de pisadas de un caballo les obliga á volver la cabeza.

Sergio reconoció en el jinete á un opulento paisano de Villaviciosa, rival suyo, y al que aborrecía desde la infancia.

El jinete alcanza al peaton, le lanza una mirada de desprecio y pasa de largo.

Este último tornóse lívido, extiendelos puños en ademán amenazador, y exclama en voz alta:

Por vida de Dios, que daría cuanto tengo y la mayor parte de lo que un día debo heredar, por vengarme del orgullo y mala voluntad de ese hombre.

—Eso puedo conseguírtelo yo, le contesta la dama de la ballesta. ¿Quiéres que le convierta en un mendigo desharrapado, cojo y viejo? Pues no tienes más que pagarme el precio de la trasformacion.

—Y ¿cuál es el precio?

—Tu ojo derecho.

—¡Caramba!... y despues de haber reflexionado un rato... lo daré gustoso si efectivamente soy vengado.

Apénas terminadas estas palabras, el cambio se operó en el rico vecino de Villaviciosa, é instantáneamente se sintió Sergio tuerto.

Sorprendido al principio, consolóse presto de la pérdida de órgano tan importante, puesto que le quedaba aún el otro ojo para ver con satisfaccion la miseria de su enemigo. Olvidado este acontecimiento, volvieron á ponerse en camino y continuaron andando hora tras hora, y sin que por mucho que apretáran el paso distinguieran nunca el fin del dilatadísimo bosque. El sendero se presentaba cada vez más penoso y difícil; y Sergio, que comenzaba á cansarse muy de

véras, dirigía furtivas y envidiosas miradas al carrito en el que muellemente reclinada se dejaba arrastrar la dueña. Tan bien construido parecía, su movimiento era tan suave y uniforme, que apénas si la desigualdad del terreno le producía ligero balanceo.

—Los viajes deben ser paseos cómodos en ese especialísimo vehículo, dijo nuestro caminante, aproximándose á la jóven que iba dentro, y desearia mucho tener otro igual.

—Si no es más que eso, respondió la linda viajera, voy á proporcionároslo; y golpeando con su diminuto pié en el fondo del carrito, se abrió este y dió salida á otro exactamente idéntico, tirado tambien por dos parejas de bueyes negros.

Vuelto de su estupor se preparaba á subir en él, mas la autora del milagro le detuvo con significativo gesto.

—Poco á poco, caballero; he cumplido vuestros deseos y no quiero hacer trato más desventajoso que el de mi hermana. A ella le habeis dado un ojo; yo os exijo un brazo.

El pobre. Sergio se alarmó; pero como la andanza le rendia y el ansiado cochecito tentador aparecia ante sus ojos, su único ojo debemos decir, lleno de encanto, tras de corta excitacion, aceptó el convenio y pudo sentarse, aunque privado de su brazo derecho.

La marcha se alargaba, al bosque sucedian nuevos bosques, y al cabo de cierto tiempo hubieron de convencerse de que no sabian cómo salir del laberinto.

La sed y el hambre atormentaban sin descanso al desdichado mozo; y la anciana, que le seguía detrás, se apercibió de ello en seguida.

—¿Qué os pasa, que vais tan cariacontecido? le dijo; con el estómago vacío nada me extraña vuestra desanimacion, mas yo tengo un remedio muy eficaz contra la necesidad y el abatimiento.

—Aplicádmelo por favor.

—¿Veis este frasco que constantemente llevo á mis lábios? pues contiene el néctar que causa la alegría y el olvido de penas y sufrimientos: cualquiera que beba de él se encontrará repentinamente feliz y contento. Os prometo que no abusaré de la situacion en que os han colocado mis hermanas, porque no pido en cambio más que la mitad de vuestro cerebro.

Pero esta vez Sergio, sacando fuerzas de flaqueza, rehusó con energía: empezaba á espantarse de sus tratos sucesivos; mas la astuta vieja, ducha sin duda en el oficio, consiguió darle á probar del famo-

so licor; y tanto le gustó, que una vez con el irasco en la boca, repitió hasta concluir con el contenido.

El efecto indicado no se hizo esperar. Recuperó por completo las fuerzas, sintió un dulce bienestar por todo su cuerpo, y entusiasmado se puso á cantar á voz en grito su especial repertorio de canciones, quedando últimamente dormido en el fondo de su carro, sin preocuparse de lo que pudiera sucederle.

Al despertarse; las tres viajeras habian desaparecido ya de aquel sitio, y Sergio se halló solo y tendido como un fardo, junto á las puertas de un villorrio.

Intentó levantarse, pero el lado derecho del cuerpo lo tenia paralizado; quiso ver, y su único ojo le presentaba sombras veladas; trató de hablar, mas su lengua, entorpecida, no articulaba sino palabras entrecortadas y sonidos inarmónicos; y para colmo de desgracias, ni le fué dado coordinar las ideas.

En tal estado de idiotez, no llegó á comprender la importancia de los sacrificios realizados.

Las compañeras que su mala estrella ó la Providencia le habian enviado, acababan de borrarle de la lista de los hombres.

Manco, tuerto é idiota, no le quedaba más recurso que implorar la Caridad pública.

¿Adivinará el lector la moraleja de este sencillo cuento cortado por el patron de los que usan las niñeras para dormir á sus bebés?

La mujer de la ballesta representa el *Ódio*, la jóven acostada en el carro la *Pereza* y la anciana del irasco la *Embriaguez*.

ALFREDO DE LAFFITTE.

